



rente. La impresión llega á ser formidable, de grande que era. Las paredes se caldean de una manera espantosa. ¡Ay de quien se arriesgara á salir fuera! Sus sesos se derretirían en el cráneo como el plomo de que se hacen las balas. El aspecto de todo es en estas horas de calor triste y desolado. La fruta no madura en los árboles, sino que se cuece. En las casas de barro, herméticamente cerradas, la sombra está como sembrada de un sutil polvo diamantino que brilla. Los hombres se tienden y adormecen en el puro suelo, buscando fresco; los niños reposan en sus cunas colgadas á las vigas del techo; pero formas indecisas se remueven en silencio á lo largo de las ahumadas paredes. Durante el sueño de los amos, las mujeres trabajan así, con los brazos desnudos sobre el jaike azul sombrío sin que nunca asome á sus abultados labios una palabra, un cantar, una sonrisa. Son siervas de cuerpo y alma y están resignadas para siempre en su servidumbre. Bellas aun en la amplitud de sus movimientos, toda coquetería les es extraña: tanto las retiene la obediencia pasiva.

Las pobres van y vienen en sus faenas, pues tienen que dar de comer á los animales, preparar la comida á su amo y señor, hilar, tejer, hacerlo todo en la casa y fuera de ella. Luego que el sol se pone, se las ve en la llanura, llevando á cuestas pesada carga, aceptando su suerte desprovista de esperanza, viviendo al día sin interrogar el porvenir.

El hombre del desierto, tenga casa ó tienda, ha deprimido el encanto virginal de la doncella, rebajado la dignidad de la esposa, casi envilecido el orgullo maternal.

Y sin embargo, esas desgraciadas, que se desconocen á sí mismas, tienen el secreto de interesarnos, de enternecernos. Del sagrado misterio que se consume en las entrañas de la mujer se desprende cierta irradiación que sobrevive á todo.

En estas cosas he pensado al visitar las instalaciones argelinas de la explanada de los Inválidos, y no creo haber salido de mi cuadro expresándolas aquí. No hagamos simple curiosidad de los tipos humanos que se nos exhiben, por extraños que sean, y por encima de la exhibición de exotismo veamos á la franca humanidad.

L. de FOURCAUD.



Comida en los jardines

## LA NOCHE EN LA EXPOSICIÓN

Dan las seis, se dispara un cañonazo y se alargan los cuellos.

Es que á partir de este momento va á ser preciso dar no un *ticket*, sino dos en el postigo de la puerta Rapp. Sin embargo, se había partido temprano, y si se hubiera encontrado el tranvía... pero el tranvía no se encuentra nunca en estas ocasiones. Ha sido menester venir á pie y corriendo y sufrir después de todo amargos reproches. El caballero no tenía ninguna necesidad de detenerse en el estanco del tabaco... Ni la señora debió entretenerse tanto en ponerse el polvo de arroz. Gracias á estas manías, llega uno tarde y tiene que dar un *ticket* más. No es por lo que cuesta, no; pero, en fin, cuando se puede obtener una cosa por mitad de precio, es hasta ridículo pagar el doble... aun cuando no fuera más que por principio, por probarse á sí mismo que se tiene orden.

En fin, puesto que las cosas están ya así, no hay más que resignarse. Y se dan los dos *tickets* con cierta opresión de ánimo pensando en que hubiera sido tan sencillo tomar un coche. Se habrían gastado cuarenta sueldos, es verdad; pero se hubiera economizado un *ticket*. Esta es la cuestión.

Y se entra. Los rostros se serenán y la sonrisa vuelve á los labios. Ahora que se ha pagado, conviene á lo menos aprovecharse de la ocasión y no perder nada de los placeres prometidos. Todo se verá, todo, todo, y más bien dos veces que una sola, para indemnizarse.

Y he aquí al caballero y á la dama lanzarse al tumulto, arrebatados de maravilla en maravilla por una multitud compacta y entusiasmada.

¿Qué es esto?... ¿Y eso?... ¿Y aquello?

El caballero que no sabe nada, contesta al azar y de improviso, se enreda en sus explicaciones, toma el palacio del gas por el pabellón de los Pastelistas, el rótulo W. C. por el de la Exposición suiza, en razón de la flecha, hasta que triunfante de sí mismo, con la seguridad de un hombre que está cierto de no equivocarse, exclama:

— He aquí la torre Eiffel.

¡Ah! esa torre Eiffel! He aquí una cosa que no peca de tímida, sin lo cual y según la manera de mirarla, hubiera tenido que volver debajo de tierra, lo que la hubiera molestado probablemente mucho.

Al rededor de su base se extiende un amplio cordón de gente extasiada, con la boca abierta y más abiertos los ojos. El orgullo se refleja en todos los semblantes, como si á cada uno le tocara una fracción de los famosos trescientos metros. Mirando mirando la torre, es como verdaderamente se siente uno orgulloso de ser francés. Id pues ahora á ver la Columna. Apenas os sentiréis orgullosos de ser auverneses.

Pero es preciso comer, y esto no es lo más cómodo. Fórmase cola á la puerta del restaurant Duval, se atropella el gentío ante el horno económico de la explanada de los Inválidos y las famélicas parejas se precipitan hacia las cervecerías, donde se ha suprimido la espuma de los *bocks*, á fin de dejar más espacio á los consumidores.

¡Y nada! Ni un rincón en el *grill-room*, donde se despachan las casi crudas raciones del apetitoso *roastbeef*. Ni una mesa desocupada en el restaurant francés, ni en el restaurant rumano, donde unos hombres barbudos arañan raros instrumentos cantando á su melancólico son para gusto y solaz de los amigos del color local y para satisfacción de las personas que prefieren la sal á la melodía en sus comidas.

Y los Succi, á su pesar, siguen corriendo, más y más excitados á vista de los bienaventurados que comen y beben y se llenan; de esos sencillos pero previsores visitantes, que instalados á la sombra de la cartonería que M. Garnier ha elevado á la Historia de la habitación, devoran el modesto jamón, traído cuidadosamente de lejos.

Todo se ha requerido, excepto el restaurant de la torre, que es el supremo recurso. ¡Y tan supremo! No se quería apelar á este recurso á causa del vértigo; pero el hambre no permite esos escrúpulos. Hay momentos en la vida en que se iría á buscar una costilla al pico más escarpado del Himalaya; y el Himalaya no admite ascensores.

Y se sube, se sube más, y más aún, pero sin demasiada fatiga, porque la admiración desliga las piernas y robustece los pulmones. Sólo se oye un grito: ¡Es encaje! ¡Es encaje! Algunas damas gordinflonas bufan y soplan más de un poco, pero lo disimulan por patriotismo.

Sin embargo, todo llega, hasta la primera plataforma, tierra prometida, donde la mano del Señor ha dejado caer más de un restaurant. ¡Oh dicha! ¡Hay una mesa desocupada! Y se toma al asalto. ¡Mozo! un *beefsteak* de nubes con patatas de azul celeste!

Entretanto va haciéndose de noche poco á poco. Poco ha, descendía la luz de arriba; ahora parece subir de abajo. Se encienden los globos luminosos, que cuando la oscuridad sea profunda, dibujarán á grandes rasgos los contornos de los inmensos arcos y la silueta de las tres plataformas. Luego, allá abajo se ilumina el Trocadero, mientras al otro lado se inflama el soberbio dombo central, cuyo genio se platea y resplandece bajo las ondas de la luz eléctrica. Y sin pensar se busca al hermoso príncipe de las *Mil y una Noches*, que sentado en su trono ha proferido el legendario: ¡Comience la fiesta!

La fiesta comienza, en efecto, y nada falta en ella, ni atractivos ni público. Por aquí

y por allá circulan febrilmente grupos ávidos de ver y de oír, y por todas partes, en efecto, se oyen acordes más ó menos melódicos. Aquí, el teatro de los Niños, donde se baila y se ejecutan pantomimas, no lejos del Palacio Argentino, que parece construido de rubies, topacios y carbunclos; allá el café-concierto dirigido por el excelente Daubray, del *Palais-Royal*; más lejos el silbido del pequeño ferrocarril Decauville trae su estridente nota á la armonía general.

Bien querría uno detenerse, descansar; pero ¿cómo hacerlo? La multitud impele, la curiosidad atrae, y á cada instante se oye gritar: ¡Paso! ¡Paso! Y hay que dejar paso sin demora á una butaca de ruedas en que va arrellanada con la mayor indolencia una hermosa dama mirando con desdén á la gente honrada que va á pie. Cerca de ella, un petimetre con el cigarró en la boca, el lente al ojo y la gardenia en el ojal, abre el compás de sus largas piernas, sin lograr seguir el rápido movimiento dado por un empleado vigoroso á esta especie de carrete á cincuenta sueldos por hora. ¡Mujeres virtuosas, que no queréis que os sigan los Tenorios de la Exposición, tomad una butaca de ruedas! El enamorado galán tendrá que renunciar muy luego á su empeño, así fuera miembro de muchas sociedades de gimnasia.

Pero andando andando, hemos llegado insensiblemente á la calle del Cairo. A la izquierda se oye una extraña música proveniente de una casa apenas alumbrada. Es otro café-concierto, pero exótico. Entremos en él.

La sala está llena. Bajo las amplias lonas que sirven de plafón y de tapices se apiñan curiosos parisienses. En el fondo, sobre un estrado provisto de cojines, ejecutan algunos músicos una melopea feróz y enervante. Entre las sillas de los espectadores pasa un viejo árabe de facciones enérgicas ofreciendo café á la turca, muy bueno por cierto, en tacitas no mayores que dedales.

En el estrado se levanta con frecuencia una mujer y danza á la moda de su país, es decir sin bailar, andando: todos los primores que había de hacer con los pies los hace con la mano, y termina cruzando varias veces la escena con una luz en la cabeza. Cada país tiene sus usos. Pero ¡silencio! He aquí la danza del vientre.

Hay muchos que hacen un dios de su vientre; pero hacer de él un bailarín es cosa mucho más original. El vientre que nos ocupa, me parece haber llegado en este difícil arte á un talento que, guardadas todas las proporciones, lo coloca en el rango de los Mauri, de los Sangalli y de los Comalbas. He visto muchos vientres en mi vida, pero pocos tan ágiles. Este *primo ballerino*, que dicen los italianos, tiene saltos imprevistos, arranques, vuelos espontáneos que arrebatan.

No es solo tampoco en merecer los sufragios y arrancar los aplausos del público. Otros dos bailarines siguen todos sus movimientos con exacto compás, digno de la escuela italiana. Es uno de los más lindos pasos á tres que he tenido el gusto de contemplar.

Atravesamos la galería de las Máquinas, aun más bella de noche que de día, penetramos en la galería de treinta metros y nos detenemos un instante bajo la magnífica cúpula central, que, entre paréntesis, sería irreprochable, sin la horrible banda tricolor con que se ha creído deber adornarla y que le hace asemejarse á un alcalde de lugar. Hemos pues vuelto al jardín en el preciso momento para admirar las Fuentes luminosas.

Este es el grande espectáculo, el que produce más hondo efecto en las masas. Esos numerosos y mágicos saltos de agua atravesados sucesivamente por proyecciones multicolores tienen siempre un gran público de admiradores y entusiastas. Por eso se atrope-

lla la gente para lograr un buen sitio, un observatorio favorable, y cuando se ha logrado, se defiende con ánimo de no perderlo y se conserva á toda costa.

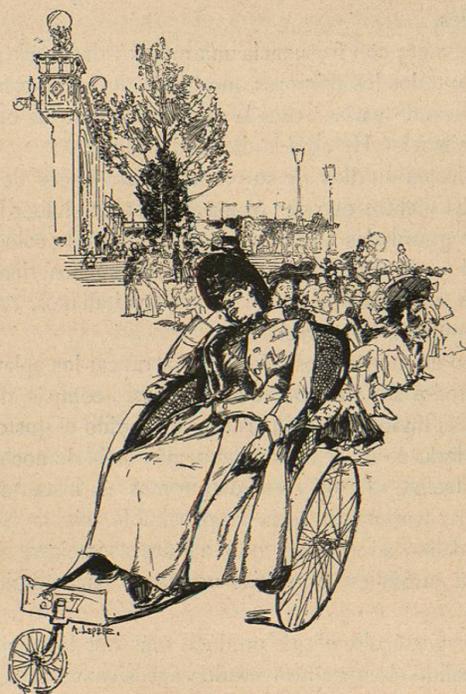
Nada, en efecto, más curioso que observar los fenómenos á cada transformación de las cascadas fosforescentes. ¡Cuántas y cuán varias exclamaciones á medida que el agua se dora, se platea, se enrojece ó azulea mezclando á veces todos los tonos del arco iris en armoniosas combinaciones! Y todos los espectadores permanecen allí, como arrobados, hasta la última gota de aquella mágica lluvia de fuego inofensivo, de estrellas, rubíes y diamantes.

Pero dan las once, se dispara otro cañonazo y á cerrar: se acabó la fiesta.

¡Cómo! ¡Se ha acabado ya! Pero si no hemos visto nada; apenas hemos recorrido un rincón del Campo de Marte. ¡Y nosotros que esperábamos ir á la Explanada á visitar los panoramas y el teatro anamita y el caserío javanés! Y la dama vuelve á regañar al caballero, pues no encuentra delicado que por dos *tickets* no se le haya dado más, y le hace prometer que en adelante votará contra el gobierno. El caballero inclina la cabeza bajo la tempestad y propone tímidamente no volver. ¡Bah! ciertamente que volverán .. pero temprano para verlo todo, sin ser explotados.

Y en efecto, volverán una mañana, á la apertura de los postigos, creyendo que por veinte sueldos van á comprar quince horas de verlo todo. Pero el empleado les dirá: Perdonad; por la mañana hasta las diez son dos *TICKETS*.

R. TOCHE.



Repujador y grabador de cobre

## UN PASEO Á LA CALLE DEL CAIRO

Por la siesta. Un cielo de fuego; el azul del desierto, sí, el azul de la Libia, un azul simun, un azul pirámide de Egipto tiñe la bóveda del firmamento, mientras que sobre el turista cae un calor arábigo, una atmósfera exactamente *fellah*; de tal manera que diría uno de buena gana: Se siente aquí el cocodrilo.

Y es verdaderamente el momento favorable para seguir al asno gris de piel tan dibujada y al burrero de larga y flotante blusa, los cuales se dirigen hacia la calle del Cairo.

Es un Oriente bien raro. Ante esas habitaciones elegantes y esas pintorescas tiendas, es raro el *fez*, mientras son innumerables los sombreros de todas clases. Diríase una cruzada de gorreros procedentes de la calle de *Saint-Denis* para restablecer el imperio de Oriente. Armados de paraguas y bastones, estos invasores europeos, estropeando todas las lenguas occidentales, se precipitan sobre los hombres tranquilos adornados con el *fez* y los petrifican con sus autoritarias conversaciones.

¡Oh Arun-al-Raschild, príncipe de los creyentes! ¡oh Scheherazada! ¿qué pensáis de esta nueva edición de las *Mil y una Noches*? Porque seguramente es preciso tener la poe-